

Doña Alta y Don Bajito: Una Historia de Amor

Por Feng Jicai

1.

Supón que tienes un pequeño árbol en tu patio y estás acostumbrado a la sensación de su tronco liso. Si un día el tronco se torciera y su superficie se arrugara, te parecería extraño en verdad, pero a medida que pasa el tiempo también te acostumbrarías y pensarías que así es como siempre debía haber sido. Si de repente volviera a enderezarse, seguro estarías consternado: ¡un tronco liso y derecho, qué aburrido! En realidad el tronco habría regresado a su forma original, así que ¿porqué enojarse?

¿Es esto lo que se llama hábito? No hay que menospreciar su fuerza, porque afecta a todas las cosas bajo el sol. Y aunque no es una ley estricta que deba ser observada, el ir en contra de él es estar buscando problemas. No te quejes tampoco si influye tanto que lo sigas sin pensar siquiera. Por ejemplo, ¿haces alarde de tu posición frente a tus superiores? ¿Dices tus opiniones sin ton ni son frente a cualquiera? Al tomar una foto de grupo ¿haces a un lado a los famosos para colarte y sonreír frente a todos? No lo haces, claro que no. Pero por otro lado, ¿escogerías a una esposa diez años mayor que tú, o veinte centímetros más alta? No te apresures para responder.

2.

Ella medía veinte centímetros más que él.

Con una estatura de 1.75, ella parecía una grulla caminando entre los pollos comparada con casi todas las otras mujeres. Y su marido, con poco más de 1.50, se había ganado el apodo de 'el Bajito' desde sus días de universidad. A duras penas su testa llegaba a los oídos de ella pero daba la impresión de que fueran dos cabezas de diferencia entre ambos.

Y veamos sus apariencias. Ella era de piel seca y de complexión delgada, con una cara como una raqueta de ping pong sin barnizar. No era fea, pero sus facciones no eran en absoluto prominentes, como si las hubieran tallado en bajorrelieve; y su cuerpo era igual de plano: por enfrente y por detrás parecía una tabla de lavar ropa. Su esposo, por otro lado, era como un muñequito de plástico, de esos que se ven sólidos, coloridos y radiantes. Todo en él - sus piernas, sus dedos, sus labios y nariz - era rechoncho, y tenía una piel suave y una complexión que brillaba con la grasa y la sangre que corría bajo ella. Sus ojos eran como

dos focos pequeños, mientras que los de su esposa eran como canicas vidriadas. Simplemente no embonaban, el contraste era excesivo. Pero así y todo, eran inseparables.

Un día, una de las familias del vecindario estaba cenando. El abuelo, ya entrado en copas, puso en la mesa una botella alta y vacía, al lado de un pedazo de carne de puerco, diciendo, “¿A quiénes les recuerda?” Todos entendieron que se refería al matrimonio que vivía en el piso de abajo y la familia entera estalló en carcajadas.

¿Qué había juntado a una pareja tan dispar?

Esto era tdo un misterio para las docenas de familias que vivían en la vecindad de Unity. Desde el mismo día en que la pareja se había mudado aquí, todos los vecinos los habían empezado a ver con curiosidad. Algunos mantenían la duda en sus cabezas, mientras que otros la transformaban en palabras: las lenguas empezaron a soltarse. En especial en época de lluvia, cuando ambos salían juntos y era Doña Alta la que llevaba el paraguas, aunque si algo se les caía era Don Bajito quien lo recogía. Algunas viejas veían esto y reían abiertamente, encontrándolo en extremo cómico pero dando mal ejemplo a los niños del barrio que empezaron a reír también y a gritar chanzas como, “¡Ahí van Garrocha y Taburete!” Pero la pareja hacía oídos sordos y nunca se enojaba y quizá por esta razón de no perder los estribos, sus relaciones con los vecinos eran más bien frías. Los menos oficiosos simplemente inclinaban la cabeza, saludando así al pasar. Esto hacía aún más difícil para los chismosos el poder enterarse de más intimidades. Por ejemplo ¿cómo se habían conocido? ¿Por qué se habían casado? ¿Quién mandaba en casa? Así, que tenían que contentarse con especular.

Vivían en una vecindad vieja, con pisos espaciosos y bien iluminados, y pasillos oscuros. En el centro había un gran patio y a la entrada una pequeña portería. El hombre que vivía en ella era un sastre de buen corazón, pero su esposa que parecía nunca cansarse, gustaba de ir y venir con todos los vecinos y entrometerse en la vida de todos. Lo que más amaba era enterarse de los secretos de todo mundo: sabía cómo se llevaban todos los matrimonios de la vecindad, porqué peleaban las cuñadas, quién era un mantenido y quién era trabajador, y el sueldo mensual de todos ellos. Si había algún dato que no tuviera claro, no dejaba piedra sin remover hasta encontrar la verdad. ¡La sed de conocimiento hace sabios a los ignorantes, dicen! Y en este aspecto ella era toda una sabia. Analizaba las conversaciones, miraba los movimientos y sabía lo que pensaba la gente. Usando su aguzada nariz sabía quién estaba cocinando puerco o pescado y de ahí hacía deducciones de sus ingresos. Por alguna razón, desde los 60s, todas las vecindades habían siempre escogido a una persona de este tipo como ‘activista’, dándoles un estatus semi-legal para poner las habilidades de estos metiches a buen uso. Pareciera que al Creador no le gusta desperdiciar el talento.

Y aunque esta portera era infatigable, todos sus intentos por saber cómo se había casado esta extraña pareja que pasaba frente a ella todos los días, habían resultado vanos. Esto la

frustraba sobremanera y se había convertido en un tremendo reto personal. Con el tiempo, haciendo gala de sus poderes de deducción, había llegado a una explicación plausible: uno de los dos debía tener una deficiencia mental. De otra forma, razonó, nadie podía casarse con alguien con una cabeza de diferencia en la estatura. Su argumento era que, tras tres años de matrimonio, aún no tenían hijos. Los vecinos de Unity aceptaron esta brillante hipótesis.

Pero los hechos son inclementes. La portera fue desmentida de forma categórica cuando todo mundo se dio cuenta un día que Doña Alta estaba obviamente en estado de gravidez. Día con día su vientre se veía crecer, y quizá el hecho de que estuviera tan alejado del suelo lo hacía incluso más evidente. Y a pesar del asombro, bochorno y dudas del vecindario, dio a luz a un hermoso y sano bebé. Ahora, cuando hacía calor o llovía y la pareja salía a pasear, el deber de llevar el paraguas recaía sobre Don Bajito, que se afanaba cómicamente con sus piernas cortas y regordetas, caminando detrás de su esposa con el paraguas en alto. Los vecinos seguían tan intrigados como antes y siguieron con sus conjeturas, pero no había modo de confirmar ninguna de ellas.

La portera dijo, “Esos dos seguro tienen algo que ocultar. Si no, ¿por qué se la pasan sin hablar con nadie? Pues su secreto tendrá que salir a la luz un día, ya verán.”

Y una noche, efectivamente, pasó que se oyó el ruido inconfundible de platos al romperse, viniendo de la casa de la extraña pareja. Ni tarda ni perezosa la portera se dirigió hacia allá con el pretexto de cobrar el dinero mensual del mantenimiento del patio, segura de que la relación había llegado a un punto álgido y decidida a ser testigo de la pelea. La puerta se abrió y Doña Alta la invitó a pasar con una sonrisa. Don Bajito estaba viendo el plato roto en el suelo - también con una sonrisa en la cara - y eso fue todo lo que pudo ver la esposa del sastre, de modo que tuvo que contentarse con recoger el dinero y retirarse más contrariada que nunca. Un plato roto, sonrisas en sus caras. ¡Un verdadero misterio!

Más tarde, la portera se convirtió en la representante oficial de la vecindad Unity, lo que le daba ocasión de ayudar a la policía para revisar los permisos de residencia de todos los vecinos. Esto finalmente le dio la oportunidad que necesitaba para hallar una respuesta final e indiscutible al enigma. Doña Alta y Don Bajito trabajaban juntos en el Instituto de Investigación del Ministerio de la Industria Química, él como ingeniero en jefe, con un salario de ¡más de ciento ochenta yuanes! Ella era técnico de laboratorio, ganando menos de sesenta yuanes, y su padre era un cartero con un sueldo aún menor. De modo que esto explicaba por qué se había casado con un hombre tan bajito, ¡por dinero, estatus y una vida acomodada, por supuesto! La portera no perdió tiempo en dar a conocer esta vital información a todas las viejas aburridas de la vecindad Unity. Y juzgando a los demás como si fuesen ellas mismas, le creyeron.

El acertijo estaba solucionado, habían visto la luz. El ricachón Don Bajito tenía un problema congénito, y Doña Alta lo había aceptado porque era una escaladora social. Al discutir la buena suerte de esta alta mujer con cara de caballo, se oía el resentimiento en sus voces - en especial en la voz de la portera.

3.

Algunas veces la buena suerte se torna mala.

En 1966 un desastre azotó China y grandes cambios llegaron a las vidas de los residentes de la vecindad Unity, que era como un microcosmos del país. Don Bajito, con su estatus 'burgués' de ingeniero en jefe, fue el primero en sufrir las consecuencias: su casa fue allanada y sus muebles retirados, para él mismo ser tomado por la fuerza y confinado en el instituto donde trabajaba. Pero aún venía lo peor. Fue acusado de tomar sin permiso los resultados de sus experimentos, para huir del país y unirse con un pariente rico en el extranjero. Esta ridícula acusación de robar secretos científicos y vendérselos a los enemigos capitalistas fue, por supuesto, creída por todos. Durante ese triste periodo de locura colectiva, la gente abandonó el sentido común y empezó a inventar acusaciones crueles a diestra y siniestra para ver si podían encontrar a algún Hitler a quien crucificar. El instituto mantuvo confinado a Don Bajito; lo amenazaron, golpearon y sometieron a todo tipo de presiones; su esposa fue conminada a regresar los papeles robados. Todo esto, claro, sin ningún resultado. En este punto, alguien recomendó llevar a cabo una sesión de humillación pública en el patio de la vecindad Unity; como todo mundo está aterrado de este tipo de escarnio ante sus propios conocidos, seguramente esto los orillaría a confesar. Y ya que todo lo demás había fallado, valía la pena intentarlo.

Nunca antes la vecindad Unity había sido escenario de tanta emoción.

En la tarde el instituto había enviado gente para poder unas cuerdas entre dos árboles, donde se colgaría un letrero con el nombre tachado de Don Bajito. Dentro y fuera del patio pusieron carteles con consignas amenazantes, y en la pared principal se pusieron dieciocho carteles más, listando los 'crímenes' de los que se le acusaba. Como la sesión sería después de la cena, habían enviado a un electricista para preparar varios potentes focos de 500 watts cada uno. Para este entonces, la esposa del sastre, promovida ya al nivel de directora del Comité de Seguridad Pública de la Vecindad, era ya un personaje muy poderoso, presuntuosa y mucho más gorda que antes. Todo el día había estado ocupadísima dando órdenes a las otras vecinas, ayudando a colgar los carteles, preparando té para los revolucionarios héroes del instituto y diciendo al electricista dónde tomar la luz para los focos. En suma, como si estuviera organizando una boda.

Justo tras la cena, la portera hizo reunir a todos los vecinos en el patio, que se hallaba tan brillantemente iluminado como un estadio deportivo. Las sombras de los residentes se magnificaban sobre la pared, dando una ominosa impresión, y ni los niños se atrevían a jugar. La portera puso a un grupo de vecinos con bandas rojas en los brazos - intimidantes en esos días - para que cuidaran la puerta y no dejaran entrar a extraños. Finalmente un grupo de personas del instituto aparecieron gritando eslogans, y traían consigo a Doña Alta y Don Bajito. Él tenía un letrero de madera colgando de su cuello, ella no. Ambos fueron conducidos a la plataforma que se había preparado al efecto y ahí, se quedaron de pie uno junto al otro, con las cabezas agachadas.

La portera se adelantó y dijo, “Este infeliz es demasiado bajo para que las masas revolucionaras que están hasta atrás lo puedan ver, voy a arreglar eso.” Y con eso, fue corriendo a la portería de donde trajo consigo una caja, que puso en la plataforma. Parado sobre la caja, Don Bajito llegaba ya a la altura de su esposa, pero en estos momentos nadie prestaba atención a sus estaturas sino a la desgracia que se cernía sobre ellos.

El mítin siguió el proceso típico: tras gritar algunas consignas revolucionarias, se lanzaron las enardecidas acusaciones, enfatizadas por más frases nacionalistas entre una acusación y otra. La presión crecía a cada momento; a Doña Alta primero se le amenazó para que presentara los ‘papeles robados’, a lo que siguieron preguntas y acusaciones, gritos histéricos y gruñidos iracundos. Pero ella sólo negaba con la cabeza de forma grave y sincera. ¿Pero qué uso tenía la sinceridad? Si alguien hubiera osado creer sus respuestas entonces todo el alboroto se convertiría en farsa.

Sin importar cuántos gamberros se pusieran frente a ella a agitar sus puños, ni cuántas preguntas truculentas le hicieran, ella seguía negando con la cabeza sin hablar. Los miembros del instituto se preocupaban más y más, temiendo que esta sesión pudiese resultar un fiasco si algo importante no pasaba, y pronto.

La portera escuchaba todo lo que pasaba, cada vez más exasperada. Siendo analfabeta, no tenía el mínimo interés en estos ‘documentos científicos’ que estaban buscando, y le parecía que esta gente del instituto era demasiado suave en sus preguntas. De repente no pudo más y se lanzó corriendo a la plataforma donde, levantando su dedo acusador frente a Doña Alta, espetó,

“¡A ver, dinos de una buena vez! ¿Por qué te casaste con él?”

Los miembros del instituto se quedaron todos pasmados ante esta pregunta inesperada. ¿Qué diablos tenía que ver eso con la investigación?

Doña Alta estaba sorprendida también. Ese definitivamente no era el tipo de pregunta que se hacía en una sesión de estas. Con su cara que mostraba los estragos de los últimos meses de presiones ininterrumpidas, volteó a ver a la portera.

“Así que no te atreves a contestar, ¿eh?”, continuó la portera. “¡Pues bien, yo contestaré por ti, te casaste con este sinvergüenza por su dinero! Si no tuviera dinero, ¿quién se casaría con un hombre de su estatura?” Su voz era arrogante, dejando ver que ella, y sólo ella, había sido capaz de ver las más íntimas intenciones de Doña Alta.

Doña Alta ya no movía la cabeza. Había visto con claridad a través de esta mujer, y ahora sus ojos sólo chispeaban con desprecio.

“Muy bien, así que no lo admites.” Continuó la portera. “Pero este canalla ya está acabado. Y sé lo que estás pensando.” Algunas otras mujeres se acercaron para apoyarla con sus gritos.

Los oficiales del instituto estaban por completo desconcertados. Una pregunta tan ridícula como esa debía ignorarse, pero también era verdad que la portera y las demás mujeres le habían dado animación al mítin, de modo que las dejaron seguir con su sinsentido.

“¿Cuánto te pagó? ¿Qué te compró? ¡Dilo ya!”

“Doscientos yuanes al mes no te bastaban, ¿eh? ¡Tenías que irte al extranjero!”

“¿Te está apoyando algún contrarrevolucionario?”

“El otro día que hablaste a Beijing, ¿estabas hablando con tus cómplices?”

El éxito de un mítin depende del entusiasmo que se genere entre la gente. Los oficiales del instituto vieron que este era el momento de gritar más consignas y cerrarlo prontamente antes de que se descarrilara por completo. Luego entraron brevemente a la casa de Doña Alta, levantando algunos tabloncillos del suelo y arrancando algunos tapices de la pared, por supuesto no encontrando nada, y habiendo terminado el teatro, se llevaron de nuevo a Don Bajito, dejando a su esposa sola.

Doña Alta se quedó en su casa todo el día siguiente, pero salió una vez hubo oscurecido sin darse cuenta de que, aunque la luz de la portería estaba apagada, la esposa del sastre la espiaba por la ventana. Sigilosamente la siguió por entre las calles, manteniendo su distancia, hasta que vio que Doña Alta se detuvo ante una pequeña puerta. La portera se escondió tras un poste, conteniendo el aliento, como un cazador listo para atacar a un conejo en el momento en que éste salga de su pozo.

La puerta se abrió con un chirrido y una anciana se asomó, trayendo de la mano a un niño.

“¿Ya pasó todo?”, preguntó.

La respuesta de Doña Alta fue inaudible.

“Ya ha cenado y dormido su siesta”, dijo la anciana. “Llévatelo rápido a casa.”

La portera vio que esta anciana se estaba ocupando del hijo del matrimonio, con lo que su celo se enfrió rápidamente. Doña Alta se enfiló de regreso a la vecindad. No había otro sonido en la calle que el ruido de sus pasos. La portera siguió escondida hasta que la mujer con su hijo se perdieron de vista y luego ella misma corrió también a su casa.

A la mañana siguiente, cuando Doña Alta salió de casa con su niño, sus ojos estaban enrojecidos. Nadie hablaba con ella, pero todos veían esos ojos rojos e hinchados. Aquellos que la habían acusado la noche anterior sentían una sensación de culpa. Tras el mítin, a Don Bajito no se le permitía regresar a casa. La portera, que de todo se enteraba, había dicho que se encontraba preso por actividades contrarrevolucionarias, lo que convertía a Doña Alta en una paria entre los parias, por lo que no merecía estar viviendo en una casa espaciosa y fue obligada a cambiar lugares con la portera. Esto no la incomodó en lo absoluto, pues viviendo en la portería podía más fácilmente evitar a los vecinos que la hacían menos. De vez en cuando, la espiaban por la ventana y la veían ahí, siempre sola. A dónde había enviado a su niño, nadie sabía; el pequeño sólo visitaba de vez en cuando y se quedaba pocos días antes de marcharse de nuevo. Rechazada por todos, Doña Alta empezó a aparentar más edad de los treinta y pico que tenía.

“De mí se acordarán”, dijo la esposa del sastre. “A lo más, por un año mantendrá esta imagen. Si entonces no regresa el bajito se casará de nuevo. Yo que ella me divorciaría de inmediato y buscaría otro, porque aunque dejen libre a su esposo, su reputación ya no vale nada, y no tiene un centavo.”

Pasó un año. Don Bajito no regresaba aún y Doña Alta seguía sola. En silencio se iba a su trabajo y en silencio regresaba, prendía su estufa y hacía las compras con una canasta raída. Día tras día esta era su misma rutina, estación tras estación... Hasta que un día de otoño, Don Bajito apareció de nuevo en la vecindad; llevaba ropas ligeras y la cabeza rapada. Se veía totalmente distinto: parecía haberse achicado y su piel ya no rebosaba de salud. Se dirigió de inmediato a su antigua casa, donde el nuevo inquilino - el sastre - le indicó que su esposa ahora estaba en la portería. Al llegar vio a Doña Alta en cuclillas frente a la puerta, cortando leña.

Al oír su voz llamándola, levantó su cara de inmediato y ambos se sorprendieron de lo que dos años de dolorosa separación habían hecho con ellos. Ella se veía arrugada y él demacrado; ella parecía más alta y el más bajo aún. Tras verse así, voltearon la mirada y ella corrió hacia adentro. Tras unos momentos, volvió a salir y encontró a su esposo en cuclillas, cortando leña. Siguió cortando hasta llenar dos grandes cajas, como si temiera que otra desgracia se volviera a abatir sobre ellos.

Después de ese día volvieron a ser inseparables, yendo al trabajo y regresando juntos como lo hacían antes. Los vecinos, al ver que nada había cambiado, gradualmente perdieron interés en ellos.

Una mañana, Doña Alta tuvo un accidente. Su marido salió corriendo angustiado y regresó con una ambulancia que la llevó al hospital. Por muchos días la portería permaneció vacía y oscura. Después de tres semanas, Don Bajito y un desconocido llegaron cargando a Doña Alta en una camilla. Ella permaneció desde entonces confinada a su cuarto mientras él iba al trabajo durante el día y regresaba siempre corriendo por las tardes para encender la estufa y salir a comprar las cosas con la canasta raída, que en sus manos se veía más grande.

Cuando el clima mejoró, Doña Alta por fin salió de su cuarto, pero tras tanto tiempo de estar en cama su complexión era pálida como la muerte, y caminaba meciéndose de lado a lado. Llevaba siempre un bastón en su mano derecha, y la izquierda doblada sobre su pecho. Su pierna izquierda, semiparalizada, le dificultaba caminar. Había tenido una embolia.

Cada mañana y cada tarde, Don Bajito la ayudaba a dar dos vueltas al patio, muy lentamente. Con los hombros encorvados había hallado una incómoda posición para poder sujetar mejor el brazo paralizado de su esposa. Era muy difícil para él, pero él sólo le sonreía para animarla. Además había atado una cuerda al pie paralizado de ella, que levantaba para ayudarla a dar pasos con mayor facilidad. Verlos así era a la vez patético e impresionante, y los vecinos se conmovieron profundamente, de modo que por fin empezaron a saludarlos con cortesía.

4.

Al fin, la suerte abandonó a Doña Alta: el destino no había decretado que acompañara por más tiempo a ese hombre bajito que tanto la amaba. La vida había sido cruel con ella y ahora la muerte se la llevaba, de modo que Don Bajito se quedó solo.

Tras la muerte de su esposa, la fortuna por alguna razón le sonrió de nuevo. Su nombre fue rehabilitado, sus posesiones confiscadas le fueron devueltas, y recibió íntegra toda su paga pendiente. Solamente su casa - que ahora ocupaba el sastre - no le fue devuelta. Los vecinos empezaron a observar qué haría él ahora. Habían escuchado que algunos de sus colegas le habían ofrecido ayudarlo a encontrar nueva esposa, pero él había rehusado todas las propuestas.

“Yo sé el tipo de mujer que quiere”, dijo la esposa del sastre. “Déjenmelo a mí”.

Habiendo pasado sus mejores días, la mujer se había suavizado. Y habiendo perdido además sus puestos oficiales, ahora se veía obligada a ostentar siempre una sonrisa. Con una

foto de una atractiva joven en su bolsa, se dirigió a la portería para hablar con Don Bajito. La joven de la foto era su propia sobrina.

Se sentó en la portería, viendo con aprobación los muebles a su alrededor, y de inmediato se puso a proponerle con gran esmero al ricachón Don Bajito este matrimonio. Gesticulando y sonriendo todo el tiempo, de repente se dio cuenta de que él no había dicho palabra en todo el rato que había estado ella ahí, su rostro estaba ensombrecido y tras él, en la pared, colgaba un retrato de su día de bodas con Doña Alta. Sin atravesarse a sacar la foto de su sobrina, la portera dio algunas excusas apresuradas y se retiró.

Desde entonces han pasado varios años. Don Bajito sigue siendo un viudo solitario, pero los domingos va por su hijo para que le haga compañía en la portería. Al ver su figura rechoncha caminando solitaria, sus vecinos recuerdan todo por lo que ha pasado y entienden por qué sigue solo.

Cuando llueve y saca el paraguas para ir a trabajar, quizá por la costumbre o quizá por algo más, siempre lo sigue llevando bien en alto. Y aquellos que lo ven tienen la sensación de que hay ahí un gran espacio vacío bajo ese paraguas, un vacío que nada en el mundo puede llenar.

Mayo, 1982. Traducción al inglés de Gladys Yang.
De la colección *The Time is Not Yet Ripe*. (Editado por Ying Bian)
© Foreign Languages Press. Beijing, 1991.